

CONVERSACIONES

ÁLVARO ABÓS: «VIVIMOS EN MEDIO DE LA FURIA DEL TIEMPO, NO EN PROBETAS»

Entrevista

por

Javier Barquet

Como lo que logra Claudio Magris en *El Danubio*, el estilo de Álvaro Abós (1941), siempre preciso, mezcla silenciosa y sobriamente la ficción y el ensayo y la crónica. Aunque se inició en la literatura de modo, según él, tardío, con más de cuarenta años, ha transitado los géneros del ensayo, el cuento, la novela, la biografía, la historia, sin reducirse a las limitaciones de ninguno. Reconoce que lo que escribe nace de una fricción entre historia y literatura y que no se puede escribir sin leer. En 2005 publicó *La baraja trece*, uno de los mejores —tal vez el mejor— libros de cuentos de los últimos años.

Usted militó en la Juventud Peronista en los años de la resistencia, fue abogado laborista, tuvo que exiliarse durante la última dictadura, pero regresa a la Argentina y en 1984 se dedica exclusivamente a la literatura. ¿Cómo se abandona una vida tan ligada a la política?

Uno no hace lo que quiere sino lo que puede. La politización juvenil suele ser fruto del tiempo que a uno le toca vivir, no de opciones deliberadas. A veces, todo viene de la casualidad o de algún hecho banal. Recuerdo que en el café «La Perla del Once», donde yo estudiaba de noche, se reunían varios grupos. Uno era de militantes de la JP, otro era de una

revista literaria. En el primero se sentaba la chica que más me gustaba.

¿Escribir es un modo de hacer política?

Que escribir sea una forma de «hacer política», como hipótesis o como pregunta, es una sobrevaloración de la política.

De todos modos, sus primeros tres o cuatro libros abordaron temáticas histórico-políticas. ¿Fue un modo de exorcizar ese pasado?

Exorcizar es un verbo demasiado enfático. Los libros se escriben a medida que salen, sin un diseño elaborado. Lógicamente, la experiencia influye. Sin embargo, la mayor parte de lo que he escrito tiene que ver con épocas que no he vivido. En *Al pie de la letra. Guía literaria de Buenos Aires*, la mayoría de los escritores que retrato son de generaciones anteriores. Mi trilogía biográfica trata sobre tres argentinos —Botana, Macedonio y Xul— que no conocí. Las huellas de lo vivido aparecen en *Restos humanos* (1991), mi primera novela, en la forma de un crimen célebre en mi infancia, y en *Cinco balas para Augusto Vandor* (2005), en la forma de un personaje real que se convierte en ficcional al ser protagonista de una ficción. La

historia, cercana o lejana, es siempre un tesoro para un ficcionista. Esto es lo que recuerdo de las miles de páginas que he escrito. Es posible que me equivoque, ya que no releo lo que escribí y ni siquiera tengo ejemplares de la mayoría de mis libros.

Esa Argentina violenta que retrata en aquellos libros da paso al policial que, ya desde De mala muerte (1986), viene trabajando desde distintas variantes.

El policial es el género madre de la literatura. En la Edad Media, las obras de teatro se llamaban «misterios». Mucho de Shakespeare, empezando por *Macbeth*, es *thriller*. En toda vida hay misterio y toda vida es una intriga policial, pues concluye en una muerte. Sentado este lugar común, confieso que soy hijo de los tiempos en que los quioscos y libreras estaban abarrotrados de gran literatura policial. ¡Gloriosos años cincuenta! En colecciones como *Pandora o Linterna* —con «atrevidos» dibujos de pulposas señoritas en la tapa— se publicaba a Raymond Chandler, William Irish, Dashiell Hammett y cada primero de mes aparecía un nuevo tomo de *El Séptimo Círculo*. Luego, la serie negra siguió en el quiosco, pero ya no en la forma de literatura sino en la sangre que chorreaba de los diarios: la violencia fue la experiencia central de mis «años de (de)formación».

Yo creo que hay una transición entre Augusto T. Vandor, Sindicatos y peronismo (1999) y Cinco balas para Augusto Vandor (2005). ¿Por qué ese paso? ¿Piensa que hay zonas de la realidad abiertas para la literatura pero cerradas para el ensayo o la historia?

Casi todo lo que escribo proviene de la tensión entre la historia y la ficción. Es que la historia no alcanza a develar las claves de la vida. Y a su vez la ficción sin historia puede empobrecer una experiencia al vaciarla del contexto. Vivimos en medio de la furia del tiempo, no en probetas. Por eso la historia se cuela incluso en los universos más secretos. Por ejemplo: Kafka escribió su diario mientras se desarrollaba la Primera Guerra Mundial. La guerra no aparece en ninguna entrada. Sin embargo, ningún texto histórico brinda una percepción más aguda del siglo que esas páginas de un *apolítico*.

¿Y por qué justamente Augusto Vandor?

Me resultó atractivo por varios motivos: como no

hablaba, tenía el prestigio del silencio; como fue asesinado, se vio beneficiado por el aura de las víctimas, lo cual es una paradoja que los asesinos políticos no suelen calcular.

El libro se instaló en cierto debate en torno de la violencia de los setenta y fines de los sesenta. ¿Cree que ya se ha dado la distancia necesaria para revisar aquello?

Al escribir *Cinco balas para Augusto Vandor* no quise intervenir en ningún debate y menos sobre «la violencia de los años setenta». Quise escribir una novela policial y reconstruir los mecanismos que llevan a un ser humano a matar por una idea política. ¿Si está saldado el debate? No creo, la palabra «saldo» tiene que ver con el comercio, más que con el pensamiento.

Sobre la legitimidad de la violencia usted se enfrentó con Osvaldo Bayer. ¿Qué recuerda de aquello?

«La legitimidad de la violencia? Too much! No puedo incurrir en la soberbia de exponer recetas ni diagnósticos sobre temas tan vastos. Sólo un recuerdo personal: mis experiencias políticas tuvieron que ver con formas de resistencia no violenta: la resistencia peronista, por ejemplo, no acudió al asesinato político como arma y su violencia era defensiva y, vista con los ojos de lo que pasó después, inofensiva. Queda para mis memorias el indagar si hubo algún nexo conductor entre las experiencias que atravesé: golpe del 55, resistencia peronista, organiato, silencio durante la década del setenta, exilio, regreso...

Así como en el policial la muerte es el misterio, en La baraja trece (2005) el misterio es la muerte, que impregna y da el tono de cada texto. ¿Es un tema personal o una simple obsesión literaria y filosófica?

La baraja trece es un libro de cuentos cuyo tema es la muerte de doce escritores. Los protagonistas son Roberto Arlt, Stefan Zweig (que incluimos en esta entrega), Spinoza, etc. Lógicamente, al escribir sobre la muerte de un escritor se hace alusión a la vida y al trabajo de escritura.

En una entrevista se declaró un escritor

profesional. ¿Cómo es la rutina de un escritor profesional?

Soy un escritor argentino que vive de y para su trabajo. Mi rutina es la misma que la de cualquier oficio. Dedico mucho tiempo a preparar mis instrumentos y materiales, que, en mi caso, incluyen papel y lápiz, además de computadora y, sobre todo, la documentación, que me permite trabajar sobre el pasado lejano o cercano, que es el contexto de mis libros.

¿Lee mientras escribe?

Leer y escribir son caras del mismo proceso. No se puede escribir sin leer, en principio, lo que uno mismo ha escrito. Y a veces, como entrenamiento, antes de empezar a escribir conviene hacer la de Balzac, que cada jornada se «entrenaba» leyendo dos páginas del código civil.

Así ESCRIBE ÁLVARO ABÓS

Petrópolis (Rio de Janeiro), 1942

*Todo poema se cumple a expensas del poeta.
Merece lo que sueñas.*
Octavio Paz

Dramatis personae

El domingo 22 de febrero, un escritor austrofaco de sesenta años y su segunda esposa y secretaria, Charlotte Elizabeth Altmann, de treinta y cinco, se suicidaron tomando veneno en un chalet de la rua Gonçalves Dias.

Petrópolis

Huir a la montaña cuando llega noviembre y comienza la temporada de verano es una costumbre que hizo oficial en Rio de Janeiro el emperador Don Pedro I. Las embajadas, ministerios y organismos de

gobierno transfieren sus actividades a Petrópolis, una fresca ciudad de jardines, separada de la urbe por sólo una hora de camino. La carretera sube en curvas cerradas a través de la sierra. Serpentina tras serpentina, poco a poco se ensancha la vista sobre el valle. Por fin, una curva y se llega a lo más alto. Hay casitas de agradable aspecto, entre las que corren acequias. En Petrópolis reside una corte estival que, con sus puentecillos rojos y sus chalets algo anticuados, brinda una imagen tranquila y patriarcal.

La opción

En 1936 se había realizado el Congreso del PEN

Club en Buenos Aires, y fue durante aquel viaje que él tuvo su primer contacto con el Brasil. El país lo había fascinado y se prometió volver, escribir sobre aquella tierra adorable. Hasta que, finalmente expulsado de Europa por el avance de los nazis —él era judío—, debió decidir: ¿Nueva York o Río?

Del agua estancada espera veneno

¿Habrá presentido fugazmente, la primera vez que viste ese lugar, que sería el último cielo, éstas las últimas calles, éstas las últimas gentes que verían tus ojos? ¿Por qué elegir un dulce paraíso para el fin? ¿Por qué no preferir un lugar lóbrego y oscuro? ¿Por qué ensuciar el edén con la obscenidad de la muerte?

Carnaval

Dos amigos brasileños, el diplomático Claudio de Souza y el editor Abrahao Koogan, invitaron a la pareja al desfile de escuelas de samba en la Praça Onze y al fastuoso baile de disfraces en el Teatro Municipal. 1942 era el año en que Orson Welles filmaba en Río una película que jamás se terminaría.

Estampa del paraíso

Petrópolis tiene cierto aire a una ciudad alemana de provincias. Y esa sensación es acertada porque el emperador radicó en ella a colonos alemanes, y en los pequeños jardines pintorescos se plantaron geranios, como en la patria lejana. El Palacio Imperial también impresiona como el de un pequeño príncipe germano, transplantado, por obra de magia, a la sierra brasileña. Todo es de proporciones graciosas y sólo en los últimos años los chalets modernos dieron a la villa un carácter más presuntuoso.

Medianoche

La pareja abandona de pronto la fiesta para tomar el autobús de regreso a Petrópolis. En el trayecto, mientras el desfalleciente vehículo sube con esfuerzo el sinuoso camino, a él se le ocurre, tan neta y vívida como un sueño recién disipado, la trama de un cuento.

Acuarela

Las calles, trazadas para lentos carros, soportan el paso veloz de los autos, el vértigo de Río se acerca a la montaña. Aunque el encanto del lugar no corre riesgo; la naturaleza es maravillosa. Las montañas no muestran formas abruptas sino que se recortan ondulantes.

Durante el día, la temperatura sube sin trabas, pero las noches son deliciosas. No es el aire fuerte, ozonizado de las regiones montañosas, pero sí una fresca pureza perfumada por el aliento de los bosques y las flores. Petrópolis, verano de 1942.

El cuento

Un hombre, desde cierto palco del Teatro Municipal, descubre, en el patio inferior, a la mujer más hermosa que jamás viera. La observa largo rato. Ella está sola, sentada en un rincón, como si aguardara a alguien. Viste un lujoso disfraz de cortesana del siglo XVII. El hombre se precipita hacia las escaleras y baja rápidamente, acuciado por el deseo. Presiente que aquel encuentro será decisivo en su vida. Pero ella ha desaparecido. En el lugar lo está esperando una ambigua figura enmascarada. ¿Hombre? ¿Mujer? Abriendo los pliegues de la capa de seda negra aquel ser misterioso revela, dibujado sobre el cuerpo preso de una estrecha malla, el contorno de un esqueleto. El hombre huye, aterrado. Buscando una mujer, inspecciona todos los recovecos del teatro. No escucha la música embriagadora ni las risas, ni el estruendo del festejo. Una y otra vez, en los rincones más impensados, el desconocido de la capa negra se interpone a su paso. ¿Acaso la fúnebre máscara lo está invitando a bailar? Él la evita. Durante toda la noche recorre Río buscando a la mujer y con el correr de las horas las facciones de la maravillosa criatura se van desvaneciendo en su memoria. Entonces...

El banquete

En el Palacio Catete, el presidente Getulio Vargas —un hombre bajo y robusto, de rostro carnoso y pálido en el que refugan dos pequeños ojos penetrantes— le ofrece una comida oficial. Junto al maestro se sienta Alzira Vargas, la hija mayor del presidente, quien contaría en sus memorias cómo «quedé

impresionada por el aire melancólico y ausente del escritor».

Pronto cesará tu sed, ardiente corazón

Suenan las sirenas del *Argentina*, que entra en la rada de Río de Janeiro en la mañana exquisitamente fresca, y en cubierta, Lotte y tú juntan las manos, y tú cierras los ojos y tratas de recordar la vieja plegaria para pedir las cosas más deseadas, la que musitabas en Viena, hace medio siglo, los días de fiesta en que mamá y papá venían a buscarte al colegio, y abres los ojos y bebes el perfil límpido de las montañas que a lo lejos guarécen —¿guarécen?— la bahía de Guanabara, y te asombras con las islas que alguien inventa a un lado y al otro, y que jalónan la majestuosa entrada del buque, y ya avistas el Corcovado, y el Cristo Redentor abre —¿te abre?— sus brazos. Es la mañana del 21 de agosto de 1940, y en todos los periódicos del mundo se anuncia el asesinato de Lev Davidovich Trotsky en Coyocán, pero en ese momento lo único que te importa es la ciudad que parece acercarse, casi irreal en su armonía, y respiras como un ahogado que sale a la superficie en aquel aire incierto y tibio, y te preguntas si será posible, te lo preguntas en la cubierta del *Argentina*, a las nueve de la mañana del 21 de agosto de 1940, mientras en los periódicos del día se anuncia también que las tropas italianas se han concentrado en la frontera con Austria, y que el mariscal Pataín ha asegurado que Vichy será tan neutral como Suiza, pero ¿qué importan ahora esas minucias?, ahora lo único que existe es la luz que la mañana hace incandescente, y te preguntas, porque en el fondo sabes la magnitud de la apuesta, si es posible llevar a cabo un gesto, una decisión que te rescate, porque anhelas ese *acto bueno* para expiar la deuda que pesa sobre ti, y adviertes que ese anhelo es el motivo profundo y oscuro de tu tristeza, pero ¿en qué puede consistir ese acto sino en la muerte, la amiga más fiel, la compañera? Y, bajo la luz que se condensa como una lágrima cegadora contra tus pupilas, anhelas una muerte que ilumine todo el trayecto, aunque más no sea por la constancia de haberla deseado en cada recodo de tu vida, incluso en aquellos malversados por la inercia, el error o el fracaso, y recuerdas que lo intentó Kleist, junto al Wannsee, y lo intentó el pequeño, dulce Novalis, dejándose morir porque primero había partido la amada Sofía, y él, Kleist, desafió a Dios para que

se lo llevara... En la ciudad que se abre en abanico, descubriendo con lentitud en cada nueva perspectiva, en la ciudad que despliega ante tus ojos y los de Lotte el Pan de Azúcar, y la bahía de Botafogo, y la de Flamengo, y los jardines que trepan el morro, y los edificios blancos que miran al mar y funden el verde de la altura y el azul del agua, y la playa de Copacabana, y el aeródromo, y la isla de la Marina, y los rascacielos, en la ciudad que se ofrece como un don majestuoso, bajo la luz que ahora resplandece, en esta ciudad habita la premonición de una sombra. Te preguntas si es esa belleza la señal capaz de transmutar el azar de la vida en la inexorabilidad del destino, el mundo atroz que dejabas atrás en la dulzura de un paraíso, y la duda respira en tu corazón, confuso como un pájaro herido, porque ahora estás más cerca, ya puedes ver el muelle, y preguntarle si el lugar que te espera sería la armonía de hace unos momentos, o estos detritus oleosos que gangrenan las aguas, este olor dulzón de frutos podridos, estas costras sobre la piel del negrito que grita algo que no entiendes, en tierra firme, donde los engolados funcionarios esperan para darte la bienvenida oficial grande, ilustre escritor y humanista.

Los chinos

Son marido y mujer. El hombre cuida el jardín y repara los desperfectos de la casa. Ella hace la limpieza y cocina. Se entienden contigo y con Lotte a través de un neutral portugués elemental. Pero, en realidad, cruzan pocas palabras. Tú y Lotte se acostumbran a las figuras mudas, a esas sombras que son una réplica, a la presencia incorpórea del hombre y la mujer, a la tez marfilina, a la docilidad algo perruna. Preferían compañías más alegres; quizás alguna de las mulatas cuyas risas contagiosas es habitual oír en las calles de Río o de Petrópolis.

Estado Novo

Getulio Vargas había sido, en los años treinta, el jefe de un movimiento antiligárquico, liberal y cuasi-izquierdista, pero el largo ejercicio de del poder lo había convertido en un caudillo de cuño mussoliano. De acuerdo a la idiosincrasia brasileña, aquella dictadura se disimulaba tras la cordialidad de los gestos y cierta sagacidad de los modos políticos. Él, obse-

sionado por el horror racial europeo, creyó ingenuamente que la armonía visual entre blancos y negros era indicio de libertad y respeto humanos. América Latina era la tentación de la utopía para la conciencia desgarrada de un escritor de habla alemana, abrumado porque la patria de Goethe hubiera engendrado tamaños monstruos.

Paisajes

A través de los ventanales del que fue su estudio, en Salzburgo, se divisaban los picos nevados de los Alpes contra un cielo de colores italianos. Si se cierran los ojos, frente a la ventana que da a la rue Gonçalves Dias, quizás reaparezcan aquellos colores.

Infeliz aquel que de patria carece

¿Por qué has huido, loco, por el mundo ahora que el invierno se aproxima?

El corazón de la tormenta

Una noche, mientras él trabaja en su estudio, nubes redondas, parecidas a inmensos globos, se espesan hasta tornarse una masa oscura y atemorizante. Los árboles atormentados gritan, atormentados por el viento que se debate convulsivamente en todas las direcciones. La tormenta brama, arroja relámpagos zigzagueantes. La casa entera crujie, los postigos golpean. La electricidad se ha cortado. Él enciende una vela, abre con cuidado la puerta del dormitorio: la copa vacía en la mesa de luz delata la pastilla para dormir que Lotte ha tomado. Él recorre las habitaciones atisbando el temporal desde todas las ventanas, como quien escruta al visitante imprevisto para descubrir su secreto.

El tiempo ha ido pasando. Él se echa un abrigo sobre los hombros y sale a la galería. De pie junto a la empalizada a la que se agarra con fuerza, con el viento y las furiosas gotas azotándole el rostro, se enfrenta a la tormenta. Piensa que si la mira cara a cara podrá descifrar su sentido. No tiene miedo. Al contrario, es como escuchar la voz de un compañero que admite pesares iguales a los nuestros. La tierra risueña se agita, la vegetación espléndida gime, como un rostro bello desfigurado por una pena súbita que

nos confiesa: también yo sé sufrir.

Cierra los ojos y extiende la mano derecha hacia la espesura, hacia esa masa oscura e informe en la que late el corazón de la tormenta. La mano tembla de agitación y frío. Pero, de pronto, queda firme. Que cese la lluvia y si consigo la calma, conseguiré también mi calma interior, y allí renacerá el sol, y regresará la alegría.

Por un instante, todo él es un deseo ciego, una fuerza sobrehumana, un arco tenso, listo para disparar la flecha. Oh, Dios, Dios, haz que cese la lluvia.

Y el milagro se produce. De pronto, sus oídos no escuchan otro sonido que el suave viento lejano en el follaje, como la huella de alguien que huye. El temporal ha cesado. La lluvia, el viento, los truenos, todo acaba. Silencio.

Jamás ha vivido algo semejante. De inmediato, elabora un mecanismo defensivo. El azar. No, él no está loco. Es un hombre del siglo, un ser racional, no un histérico ni un imbécil. Un hombre lúcido y moderno. Sin prejuicios, al tanto de las últimas teorías filosóficas. Y sin embargo, ¿dónde está la garantía de que su mano no ha sido la causa de la súbita calma? ¿Qué sabe finalmente él de nada, incluida la propia naturaleza, y la naturaleza del mundo, qué sabe él que no sea un saber incompleto y fugaz?

Nunca sentí tan cercana la dulce certeza

En algún momento de aquel febrero de 1942, ellos deciden morir. Comienza entonces una preparación larga y minuciosa, porque morir es un trabajo que exige muchas energías, constante atención a múltiples detalles. Morir es casi como escribir una biografía, y él había escrito muchas. Por ejemplo, en 1925, cuando vivía en su casa de Monte de los Capuchinos, en Salzburgo, la de Heinrich Von Kleist, que en 1811 había elegido morir junto a su amada Henriette Vogel.

Las buenas costumbres

¿Por qué poner en orden la muerte, como quien acomoda los muebles y limpia el polvo de un cuarto que nunca más utilizará? ¿Por qué no dejarlo todo a medio hacer, por qué no cortar abruptamente el devenir cotidiano? ¿Acaso elegir la muerte no es una protesta desesperada? ¿Por qué revestirla de urbanidad?

Monte de los Capuchinos

Salzburgo, los bosques que se extienden a sus pies, y que él domina desde los ventanales del estudio. Más allá de la frontera, el valle, ya en Baviera, tierra alemana. En los días claros podían seguirse desde allí las prácticas al aire libre de las Juventudes Hitleristas. Pero eso sería mucho después. Entonces, en 1925, él se ocupaba de Heinrich Von Kleist.

Bajo un negro cielo enciende Zarathustra sus fuegos

Tanto él como Lotte tienen dificultades para dormir. Ella toma pastillas pero él, algunas noches, prefiere permanecer tendido en la cama, despierto, pensando. Está habituado a los sonidos de la casa. Los crujidos, las señales secretas de invisibles cañerías, la brisa en la copa de los árboles. Sin embargo, una noche descubre un ruido sordo y casi insignificante que no atina a descifrar. La vigilia nocturna es un estado de aguda y obsesiva sensibilidad, y la curiosidad por el pequeño ruido (como si alguien agitara una caja de fósforos, piensa, pero inmediatamente desecha esa impresión), o mejor dicho el origen incierto del ruido, se convierte en algo intolerable. Entonces se levanta sin hacer ruido y comienza a inspeccionar la casa. La recorre hasta convencerse de que el ruido viene de afuera. Espía por una ventana. La pareja de sirvientes está sentada en un claro del parque, con las piernas cruzadas en posición de loto. La luna los ilumina. El hombre y la mujer orientales susurran algo, como si cantaran, o recitaran una letanía. Las voces tenues y tranquilas se despliegan en la noche como el vuelo sagaz de un pájaro extraño.

Escrito en Salzburgo (1925)

Entonces, en la terrible soledad, oyó resonar una voz sombría que, a veces, en la desesperanza, había osado llamar: la voz de la muerte. Ahora que el oleaje de la desesperanza se aleja, como la marea, la muerte surge como una dura roca...

Amores

En 1935, él había roto con Frederike Von

Wintrmintz, su esposa durante veinte años, colaboradora incansable de su trabajo intelectual, administradora y alma tutelar, mujer de fuerte carácter que galvanizaba sus íntimas debilidades. Ella misma, que permaneció en Salzburgo hasta el *Anschluss* mientras él marchaba a Londres, sugirió al marido que tomara una secretaria. Ella escogió a una muchacha polaca, Charlotte Altmann. El drama explotó en Niza, con la apariencia de un banal *vaudeville*. Frederike los encontró en posición comprometida, junto a la máquina de escribir.

Morir cansa

Tareas indispensables antes de morir:

- Completar el testamento.
- Prever las consecuencias hereditarias.
- Acondicionar los manuscritos a editarse póstumamente.
- Despacharlos a los editores de Nueva York, Estocolmo y Buenos Aires.
- Destruir los papeles que no debe leer nadie.
- Escribir las cartas de adiós a los más íntimos.
- Redactar la Declaración Final, explicando el porqué.
- Encontrar destino para el pequeño *fox-terrier* Plucky.

El país del futuro

Así había subtitulado él su libro, publicado en 1941. La edición en portugués llevaba vendidos ya cien mil ejemplares. Un canto de fe en el Brasil, considerado un faro de humanismo en este mundo arrasado por el totalitarismo y la destrucción. Pero el libro fue mal recibido por los intelectuales del país. Se sospechó que era un encargo del gobierno, con fines de propaganda. El viejo recelo contra el extranjero, la envidia hacia el triunfador que agotaba ediciones, hacia uno de los escritores más populares de la época: los literatos nativos debían costearse la edición de sus propios libros. ¿Dónde está el drama de aquel elegante exiliado que cena con el caudillo y es recibido en los salones oficiales? se pregunta la izquierda brasileña, enterrada en las catacumbas de la clandestinidad.

Tardes tranquilas

Suele sentarse en su sillón favorito, en el jardín de la rua Gonçalves Dias y, mientras acaricia distraídamente el perrito que juegotea a sus pies, recuerda párrafos enteros de su biografía de Von Kleist.

Cuando se ama el abismo hay que tener alas

¿Por qué pretendes que crezca en ti el fruto verde de la quimera si negra pez infecta tu sangre? ¿Cómo reclamas el sueño tranquilo de la inocencia si en tus sienes aletea la alondra sombría? ¿Por qué finges la felicidad si vives en el reino del dolor? No simules. No (te) mientas. El paraíso que postulaste se erigirá sobre una ciénaga. Soñaste una tierra ornada por la justicia y la dignidad, y si la realidad ha corrompido tus sueños, debes pagar el precio. Soñaste con una tierra que capitalizara para ti la alegría, y ahora debes hacerte cargo de las insolvencias. Mira ese ojo insomne en el espejo. Lee el mensaje que alguien esculpió en tu corazón. Merece lo que sueñas.

Jornal do Brasil

El submarino V-156 de la marina de guerra alemana, al mando del almirante Werner Harsentein, torpedeo la refinería de Aruba, en el mar Caribe. Los defensores habían situado en la trayectoria de los proyectiles al petrolero Pedernales, lo que evitó la ruina total de la refinería. Se produjeron decenas de víctimas fatales (*10 de febrero de 1942*).

Escrito en Salzburgo (1925)

Las cartas finales de Henrich Von Kleist son a mi juicio su creación más perfecta. En ellas alienta un aire de otros mundos, desconocidos, sobrenaturales, desligados de todo lo terrenal, como los *Ditirambos a Dionisos* de Nietzsche, o el *Canto a la noche* de Hölderlin.

Escrito en los márgenes de un libro

Rara vez se encontrará, en parte alguna de la tie-

rra, mujeres más bonitas y niños más hermosos que entre los mulatos, delicados de talla, suaves de comportamiento, regocijados. Obsérvese en los rostros semioscuros de los estudiantes, la inteligencia hermanada con una serena modestia y cortesía. El experimento brasileño que en estas páginas he tratado de describir, es la negación absoluta de todas las diferencias de color y de raza. Cuando se pisa esta tierra se siente un alivio en el alma. Ese efecto de apaciguamiento es el goce de la vista, una bienaventurada asimilación de la sin par belleza que atrae al recién llegado con los brazos abiertos (*No hay nada más absurdo que acudir con ropas fúnebres a la fiesta. Y yo llevo la levita del velorio pintada en mi cuerpo. Es inútil que me pasee por las avenidas de la risa, que mime el regocijo, que le cante a las bellezas de vergel. El veneno inyectado en el corazón no sólo me derrota, me pone en ridículo. Al dolor se suma el ludibrio, a la impotencia el bochorno. El saltimbanqui, si cae, cae desparramado. No hay dignidad para el audaz que pierde*).

De Heinrich Von Kleist a su prima María

Muero porque nada en esta tierra me queda por aprender o por alcanzar (*tres días antes del fin*).

Una velada

Invitan a cenar a Ernest Feder y su esposa, vieneses con los que habían hecho amistad. Pasan cuatro horas juntos. «Jamás los vimos tan tristes», contaron después los huéspedes. Él trata de disimular: dormí muy mal anoche. La cena se extiende, interminable. A las once y media, los visitantes se despiden. Los dueños de casa, atentos, los acompañan hasta el ómnibus. El último apretón de manos y más disculpas.

Cuando la luz ya no ahuyenta la noche ni el dolor

¿Por qué ser cortés? El tejido de la vida social va a romperse brutalmente. ¿O matarse no es un gesto de rechazo, en cuanto separación radical, hacia los demás? ¿Por qué fingir? ¿O no es fingir? ¿Es sólo

buenas voluntades para con gentes a las que se quiere? ¿Es una forma de pedir perdón?

Escrito en los márgenes de un libro

La tensión que sacude nuestros nervios, desde hace mucho, está aquí eliminada casi por completo. Todos los contrastes, aún aquellos de índole social, tienen aquí menos rigor, y sobre todo carecen de puntos envenenados. Aquí la política con todas sus perfidias, no es el centro del pensar y del sentir. La primera sorpresa, que luego se renueva diariamente, de un modo bienhechor, la que se recibe apenas se pisa esta tierra, consiste en la forma amable y sin fanatismo en que los hombres conviven en este espacio enorme. Se respira con alivio al haberse evadido del aire viciado del odio de razas y clases, en esta atmósfera más tranquila y más humana (*¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Por qué no me hundo en el escenario horrendo que provocó mi desgracia? ¿De qué me sirve esta feracidad, esta juventud, este optimismo? Gozos ajenos que no me están destinados, que alocadamente aspiré a hacer míos. Soy un polizón que danza en cubierta, cuando mi lugar es la sentina oscura del dolor*).

Américo Vespucio

Si el paraíso existiera, sería algo parecido a esto.

Escrito en Salzburgo (1925)

Kleist tenía un miedo cerval a la soledad de la muerte. Soportar la muerte por toda la eternidad... Por eso, desde niño, pedía a quienes lo amaban que murieran con él. Al fin había encontrado una mujer que aceptara su proyecto. En realidad, Kleist no conocía demasiado a esa mujer enferma y fea. No la conocía tampoco en el sentido bíblico, pero la había desposado bajo otros signos, bajo otros astros, en el sacerdocio secreto de la muerte.

Pascal

El hombre, perdido y naufragio en un mundo cuya infinitud le espanta, es un junco a merced del viento;

la frase, releída al pasar, lo golpea como una revelación. Un junco *pensante*. Pero ello, ¿hace alguna diferencia?

Escrito en los márgenes de un libro

En el año de 1562, Tomás de Souza escribió, al llegar a Río de Janeiro, *Tudo e graça que dela se pode dizer*. La belleza de esa ciudad difícilmente pueda reproducirse. Mirando y gozando, siempre el hombre es aquí el beneficiado. Inconscientemente recibe de este paisaje, como de todo lo bello y sin par en la tierra, un misterioso alivio.

Papeles arrojados al cesto

- a) Manuscritos a medio terminar
- b) Proyectos y bocetos
- c) Borradores de la nota despedida, reescrita una y otra vez, porque la inminencia de la muerte no inhibe al estilista cuidadoso.

Cartas que quedan sobre la mesa de trabajo

- a) A su ex esposa Friderike («cuando recibas ésta, descansaré quieto y feliz...»)
- b) A su albacea literario Viktor Wittkovski
- c) A sus editores brasileños
- d) A sus traductores
- e) Al alcalde de Petrópolis
- f) Al locador del chalet, pidiéndole disculpas por las molestias
- g) Al director de la Biblioteca Pública de Petrópolis, agradeciéndole las atenciones recibidas.

De Heinrich Von Kleist a Ernest Pequillen

Ven pronto a la hostería Stumming, mi querido amigo. Los gastos te serán reembolsados por mi hermana Ullrika, que vive en Francfort. La señora Vogel te deja la llave de la maleta que está en Berlín, en el cuarto de la servidumbre. Contiene indicaciones para diversas diligencias. Creo habértelo escrito ya, pero ella insiste. ¿Puedo abusar de tu amistad pidiéndote otros servicios menudos? Olvidé pagar a mi barbero el mes que corre. Mándale el dinero que encontrarás

envuelto en un pedazo de papel en el cofrecito de la señora Vogel. ¿Puedo pedirte también que te encargues de la maleta negra, que es mía, y se la observes de mi parte a mi posadero, el cuartelmaestre Müller, que vive en Mauerstrasse 53? (*Un día antes del fin*).

Escrito en los márgenes de un libro

Nadie que haya estado alguna vez en Rio de Janeiro quiere irse. Cada vez que se parte, se desea volver. No hay sobre la faz de la tierra lugar que proclame más consuelo (*pero el fruto dulce escondía un corazón de acíbar. Por los meandros del goce se filtró, como un reptil, sinuoso, invisible, y cuando quise llevarlo a la boca, el néctar se transformó en ponzoña. La llevaba conmigo*).

Dos mujeres

Friderike, de buena posición, católica, hija de padre judío, era decidida, tenaz, intelectualmente brillante. Charlotte era una oscura huérfana polaca, una hoja al viento en el vértigo de aquella Europa desvastada. Friderike también escribió, aunque dejó de lado sus ambiciones para apuntalar la carrera de su marido. Tenía dos hijas de su primer matrimonio, a quienes él quiso como propias. Charlotte nunca tuvo gran estatura intelectual. De personalidad opaca y salud frágil (era asmática), su único aporte intelectual al hombre que amaba fue su trabajo como dactilografa. El creyó que, si la dejaba, ella sucumría. Piedad sentimental, como en la novela que escribió en 1935 y que se llamó en inglés *Beware of pity* y en francés *La pitié dangereuse*. Separarse de Friderike no fue fácil.

La nueva pareja (se casaron tras el divorcio de él) estuvo un temporada en Nueva York, donde vivía Friderike con las hijas. Él y Friderike tenían una inextinguible relación intelectual. Y humana. Él redactaba su autobiografía. Ella lo ayudaba. Los tres convivieron en la casa de Friderike. Eran adultos, personas razonables. ¿Acaso ambas mujeres no querían al mismo hombre? Pero él y Lotte se embarcaron para el Brasil.

¿Qué quieres de mí, saltador de caminos?

La eterna sabiduría del mundo se cifra en un de-

talle nimio: no temer a la muerte. ¿Por qué no lo intentas? Tus días se recostarían entonces en una paz tan dulce.

Jorge Amado, muchos años después

Ni siquiera leí *Brasil, país del futuro*. Lo condené al bulto, por puro sectarismo.

El cuento (II)

Dormitaba en su sillón, en el jardín de la rua Gonçalves Dias. Pensaba una y otra vez en el cuento sobre el hombre que se enamora de una muchacha en el Teatro Municipal. Sabía el final. La noche tumultuosa del Carnaval ha terminado. Amanece en la bahía. El hombre vagabunda por la playa desierta. A lo lejos distingue una figura humana, apenas visible tras una barca. Corre hacia ella. Es la Muerte, pero se ha quitado la máscara y él reconoce el rostro de la muchacha a la que había buscado toda la noche. Una y otra vez intenta escribir el cuento. Se sienta a la mesa de trabajo, la ventana abierta al fresco jardín. Sabe exactamente qué quiere escribir, pero las palabras no acuden. ¿Un bloqueo? ¿Justamente él, que ha escrito más de cien libros, miles y miles de páginas? Y el papel, sobre la mesa, sigue en blanco. ¿Es un signo?

De Heinrich Von Kleist a Ulrika

Henriette y yo, considerados melancólicos, tristes y fríos, nos amamos el uno al otro con toda el alma, ¡y la mejor prueba de ello es que ahora nos disponemos a morir juntos! Colmado de favores y de dicha como me encuentro, no quiero morir sin antes haberme reconciliado con todos, especialmente contigo, mi adorada hermana (*un día antes del fin*).

El hallazgo

El lunes 23 de febrero todo está tranquilo en la rua Gonçalves Dias. Sólo a las cuatro de la tarde, extrañados por el largo silencio de los amos, los

sirvientes deciden abrir la puerta del dormitorio.

Malicioso dios desconocido

¿Cuál es la textura de aquellos, tus últimos, tórridos días? ¿En qué molécula del húmedo calor crece la evidencia del fin? ¿Por qué no describes su llegada cuando tus días sólo son espera de la muerte? ¿Quizás porque ese desinterés —ya que ningún escritor lo ha hecho— sea lo que delata la cercanía de ella?

El visitante

Heinrich Von Kleist deambula por los corredores de la casa, se sienta con él en el jardín de la rua Gonçalves Dias, se cruza con los sirvientes chinos y con Lotte, está frente a él en la mesa del despacho, y ambos se miran a los ojos, fijamente, desesperadamente. En silencio.

La alegría fecunda, el dolor da a luz

Sientes remordimiento por haber arrastrado a Lotte, ese ser desvalido, y culpa por haberte salvado mientras fueron víctimas tantos millones de hermanos. Pero los geranios explotan en el calor del verano. Ellos te sobrevivirán, al menos hasta que llegue el otoño, el tiempo de ellos en la vida no está agotado como el tuyo. Todo consiste en aceptar esa lección humilde. ¿Es tan difícil?

Georges Bernanos

A principios de febrero visita al católico inconformista exiliado en Barbacana, una pequeña ciudad de Minas Gerais. El contraste entre ambos no podía ser mayor. Bernanos, monárquico, anticlerical, es un polemista nato. En su villorrio brasileño ha formado un círculo de acólitos en el que mantiene viva la llama de la lucha antinazi. El lúgubre judío vienesé lleva ya la muerte en el alma. Bernanos recibe conmovido y fraternal al visitante, pero éste luce abatido y se vuelve pronto a Petrópolis.

La estrategia del suicida

Arrojar al enemigo, aún sin nombrarlo, el peso

moral del acto irremediable. 1954, Getulio Vargas goberna otra vez. Se ha reconvertido a la democracia y es un observante escrupuloso de la Constitución Federal. Lo hostiga el demagogo Carlos Lacerda, y los militares lo hostilizan. Al borde del golpe de estado, la noche del 24 de agosto, Getulio, en su dormitorio del Palacio Catete, se dispara un tiro en el corazón. En su mano se encuentra un papel que dice: «Dejo a la saña de mis enemigos el legado de mi muerte...». La respuesta del pueblo llega pronto. Al día siguiente, las masas salen a la calle, aclaman al viejo líder muerto. El ejército las dispersa. El papel era apócrifo: lo ha escrito un edecán. Trata de dar un sentido a tu muerte, u otros lo harán por tí.

Creador en su séptimo día

Cumple sesenta años. Empieza la vejez. ¿Quién es él, finalmente? Un escritor de moda. Un biógrafo, cultor de un género menor, un narrador que no puede compararse con los grandes. Mientras el crepúsculo incendia la floresta, él yace tendido en un sillón de la galería, con la muerte asediándole el corazón. Los sueños de gloria habían exaltado su adolescencia. La vida se le había escurrido. ¿Adaptarse le aseguraría la paz? Quizás le sobreviva una página, un adjetivo luminoso. ¿Acaso semejante mínima victoria contra el tiempo no justificaría el dolor? Mientras tanto, ¿qué quiere? Envejecer, morir eran, cuando joven, las dimensiones del teatro, el escenario para los aplausos. Envejecer, morir, ahora, es el único argumento de la obra.

Escrito en Salzburgo (1925)

Optimistas como una pareja de novios, Heinrich Von Kleist y Henriette se dirigen al Wannsee. El hotelero los oye correr y reír en el prado. Luego, toman un poco de café, allí, al aire libre. Después, suenan dos tiros: uno en el corazón de su compañera, otro en su propia boca. La mano no ha temblado. Kleist siempre entendió más de muerte que de vida.

La expiación

Un día baja solo a Rio. Hace trámites, visita a su

editor, come con sus amigos. Se siente disperso, ajeno a sus compromisos sociales, está ávido de algo incierto, febril. Con una excusa cualquiera anuncia que regresa a casa. Pero no va hacia la terminal de ómnibus. Se dirige a la playa. El pecho le late, se sorprende imaginando que encontrará, entre los cuerpos desnudos en la arena, alguna señal. Camina durante horas. El sol de la tarde cae sobre él sin clemencia, el sombrero de paja apenas le protege el rostro pálido. ¿Qué hace allí, un hombre maduro, un viejo, vestido como un europeo formal entre tantos cuerpos desnudos? La arena se mete en sus zapatos de ciudad, él avanza penosamente entre los jóvenes que llenan la playa —¿por qué son todos tan impudicamente jóvenes? Marcha sombrío entre los desplazamientos veloces de los bañistas que juegan con balones coloridos, que corren para sumergirse en el mar. ¿Quién soy, qué estoy haciendo aquí? Puedo ser uno de ellos, puedo amar a uno de esos cuerpos, puedo ser amado por ellos, ¿por qué no?, intenta convencerse. La verdad le golpea el rostro como la ráfaga de un viento imprevisto. Y si aún pudiera amar, ¿qué clase de amor sería, surgido no de la libre disponibilidad sino de la necesidad de salvarse? No sirve un amor arrancado bajo amenaza de extinción. No sé quiénes son, no sé qué sienten, no sé qué desean. Ni me miran ni me hablan, y si alguno lo hace, en la mirada que de refilón me concede sólo advierto un fulgor de sorpresa o de ironía ante mi aspecto, para ellos extrañario. Soy un aparecido, el casco carcomido de un barco encallado en la arena. Mira los rostros oscuros, brillosos bajo el sol, los cuerpos flexibles, los ojos vivos, escucha los gritos que la brisa del mar dispersa, haciendo llegar hacia sus oídos sólo frases truncas, exclamaciones incomprensibles. Agotado, se tiende bajo la sombra de una palmera, cubriéndose la cara con el sombrero. La camisa y la chaqueta arrugada se adhieren a su cuerpo empapado de sudor, la barba crecida le hostiga la piel. Se siente un canalla. Casi enseguida, cae en un sueño pesado, inquieto.

Despierta con la boca amarga. Sobre la plana superficie de arena se rizan estremecidas, tenues olas. La premonición de la noche cruza la playa, horas antes animada por tanta profusión de colores y ahora casi despierta, abandonada, sucia de los restos que han dejado los bañistas. Una cámara fotográfica cuyo dueño no aparece por ningún lado descansa junto al mar sobre su trípode, y el paño negro que la cubre flota en la brisa. La niebla ligera vela los morros. Una

llovizna tibia como la mano de un niño se mezcla con el sudor. El cuerpo le arde. Sentado junto a él, un negrito, todo ojos y dientes blancos, lo mira con simpatía y recelo. Sólo quedan ellos dos en la playa. Las luces se han encendido en la Avenida Atlántica, irrealles en la niebla. El crepúsculo en la bahía lo abruma. De pronto, el negrito se levanta y huye. Le falta una pierna y, pese a las muletas, corre velozmente.

De Henriette Vogel a Madame Mauritius

A través de estos pocos renglones te confío lo más precioso que poseo en este mundo. No me queda ya mucho por vivir, pero sí lo bastante para suplicarte, en nombre de la amistad que nos une, que cuides de mi hija, de mi única hija. ¿Vas a hacerlo, verdad? (*Un día antes del fin*).

Morir es trivial

¿Quién aprecia, hoy, una muerte bien hecha?
Nadie.

A Friderike

Pasarán mucho tiempo antes de que nos volvamos a ver. Quizás nunca suceda. Cada vez hablo menos, nadie me entiende... Perder el hogar es algo terrible (*enero de 1942*).

Mi despedida

Sobre la mesa de trabajo es descubierto un texto de ciento cincuenta y seis palabras, cuidadosamente redactadas con tinta azul.

De Henriette Vogel a su marido Louis Vogel

Kleist, que quiere ser mi fiel compañero de viaje en la muerte, tal como lo fuera en la vida, se encargará de matarme. Después, él se dará muerte. No llores, no estés triste, mi generoso Vogel, pues voy a morir de una muerte con la que pocos han sido privilegiados. Enajenada por el más profundo amor, cambiaré la felicidad terrenal por la dicha eterna (*dos días antes del fin*).

Crear una sola flor lleva siglos de trabajo

La historia es un túnel dividido en segmentos ciegos; pero él no lo sabe. El mundo acaba en 1942, porque él ya no tiene más fuerzas. El túnel parece insombrablemente oscuro, sin salida. Y sin embargo, la luz alumbría en un recodo, allí a pocos pasos. Qué corto es el espacio de una vida, qué insignificante. Kleist se mató en 1811 y en 1813 estalló la revolución de los pueblos que había reclamado. Necesitamos la eternidad porque sólo la eternidad puede proveer de espacio a nuestros gestos. Y sin embargo, aquel mes de febrero parece interminable en la burbuja de desesperación que late bajo el cielo de Petrópolis, ese paraíso emponzoñado.

La nota de despedida

Así, en buena hora y con recta conducta, decidí que era mejor concluir una vida en la que la labor intelectual fue la más pura alegría y la libertad personal el máspreciado bien sobre la tierra. Saludo a todos mis buenos amigos. Que les sea dado ver la aurora de esta larga noche.

Domingo 22 de febrero, 11:00 horas

El domingo es el día de franco de los criados. Lotte y él caminan hasta el centro de Petrópolis. El correo está abierto. Despachan varias cartas. Se los ve andando lentamente, bajo el sol. Una pareja apacible y despreocupada, se diría.

A Roger Martin du Gard

Llevo una vida distinta a la suya, sin el aliciente de discusiones ni diálogos. No hay país más agradable que el Brasil. Lo que faltan son libros, amigos de mi calibre espiritual, conciertos (*enero de 1942*).

Yo sé cuándo vendrá la última mañana

¿Cómo son tus días consumidos en la espera del momento final? ¿Es la muerte, a tu lado, una compañera apacible? Al quitarle su principal ventaja, la

imprevisibilidad, ¿la has dominado? Al recibirla en tu seno, ¿la has vencido? ¿Puedes, por lo tanto, vivir como un don cada hora del plazo improrrogable que te has concedido? ¿Puedes reír, puedes sentir el ardor de la sed en tu garganta, el alivio del agua fresca que la sacia? ¿Puedes recibir en tu frente la redención del sol vespertino, y dejarte invadir por el vértigo de la brisa en la primera hora nocturna? ¿Eres, al fin, libre? Ahora, la muerte vive contigo, respira contigo, como una piel adherida a tu cuerpo. ¿Es cierto que las cosas parecen más graves vistas de lejos que de cerca?

Apuesta final

Después de los sesenta años se necesitan fuerzas poco comunes para recomenzar. Y mis fuerzas se han gastado en estos largos años de peregrinaciones. Aprendí a amar este maravilloso país que es Brasil, pero en lugar alguno podría recomponer mi vida, ahora que el mundo de mi lengua está perdido y mi hogar espiritual, Europa, autodestruido...

Albert Speer

Cuando la noticia de lo sucedido en Petrópolis llegó a Berlín, el gobierno nacional-socialista saludó con alborozo el merecido final de aquel declarado enemigo (*Memorias*).

Conduce tu carro y tu arado sobre los huesos de los muertos

El hombre parece tener unos treinta años. Se dio muerte disparándose una bala en la boca. La carga de pólvora de la pistola debió ser escasa porque la bala, que pesa menos de media onza, quedó alojada en el cerebro. La sustancia gris de ese último presenta una consistencia más firme de lo normal. La difunta tiene treinta y cuatro años. Su rostro está picado de viruelas. Tiene ojos azules, cabello castaño y una piel de blancura radiante, así como un pecho robusto. La autopsia reveló que padecía un carcinoma muy avanzado en la matriz. (*Informe del médico legista de Berlín, doctor Felgenstreu, redactado el 12 de noviembre de 1811*).

A la viuda de Max Herrman Wiessenn

Estamos aislados. No soy un misántropo pero no soporto ya las reuniones numerosas ni la charla ligera. No podemos participar en estos divertimentos sin una sensación de vergüenza al saber lo que pasa en Europa (*12 de febrero de 1942*).

Domingo 22 de febrero, 12: 30 horas

Entran a un restaurante. La inminencia del fin, ¿no quita el hambre? ¿La fisiología tiene sus propias leyes? ¿De qué hablan? ¿Ríen? ¿Se consuelan? ¿Recuerdan?

Romain Rolland

Parecía tan fuerte, tan seguro de sí; corrió hasta el fin del mundo para ponerse al abrigo. Allí lo esperaba la muerte. Pobre Stefan Zweig.

Mi corazón secreto permanece fiel a la noche

¿Ha perdido la muerte su aura de horror? ¿Es ya tu amiga? ¿La has abrazado puesto que, al fin y al cabo, ella ha hecho un largo viaje contigo? ¿Acaso la primera hora, allá en Viena, la que inauguró tu vida, no te la acortó? ¿Nacer no fue empezar a morir, y el último instante -ya próximo- no se originó en el primero? ¿Por qué temer al último día si no habrá contribuido a tu muerte más que todos los otros que has vivido?

Cuatro clavos forman una cruz

¿No conocía su responsabilidad ante cientos de miles de seres, sobre los que su abdicación tendrá un efecto arrasador? ¿Y los abandonados por el destino, para los cuales el exilio es mucho más duro que para él, el celebrado, el protegido de las necesidades materiales? ¿Será que consideraba a su vida como un *affaire privé*, diciendo simplemente arréglense, yo me voy? (*De Thomas Mann a Friderike Von Wintermantz*).

Publicado en A Noite

Según informa Clarice Lispector, nuestra cronista

en el lugar de la tragedia, una de las primeras personas en acudir fue la cónsul de Chile en Río de Janeiro, Gabriela Mistral, quien frecuentaba a la pareja. En las dos estrechas camas de una plaza, adosadas una a la otra -relató la poetisa chilena- yacían ellos. El maestro, con su cabeza apenas alterada por la palidez. La muerte violenta no dejó huellas. Dormía sin su eterna sonrisa pero con dulzura y serenidad.

El rostro de ella, en cambio, estaba deformado.

A Friderike

Mi desgracia es mi antigua fuerza: prever con nitidez (*3 de febrero de 1942*).

Fotografía en A Noite

Los cadáveres están tendidos sobre las dos camas adosadas, juntos, sobre las colchas sólo ligeramente removidas. Él tiene la barba crecida. Ella se ha vuelto hacia él, el rostro crispado. Un brazo de ella sostiene la cabeza de él en un último gesto de posesión. En una de las mesas de luz, el frasco vacío, una botella de agua mineral Salutaris, dos pañuelos, ochocientos reais en moneda pequeña; en la otra mesa de luz, una jarra de agua, un trozo de pan tostado, un vaso con un resto de sustancia tóxica no identificada. Ella está semicubierta con una manta ligera, como si se hubiera cambiado precipitadamente. ¿Se visten para morir, como quien va a una fiesta?

Confidencia de un comisario, cuarenta años después

El inspector José de Moraes Rettes reveló a un periodista que al llegar la policía a la casa el cuerpo de ella aún estaba caliente. Las pastillas eran de la marca Adalina. Pero, para Rettes, esos somníferos eran ligeros, incapaces de matar, y mucho menos a dos personas.

Toda dictadura odia las autopsias

Nunca se supo qué veneno tomaron. Nunca se supo si fueron dos sustancias o una sola. Nunca se supo si la diferencia en el *rígido mortis* se debió a algo que ella tomó y él no. Nunca se supo el verdadero estado de

salud de Lotte. Nunca se supo si ella estaba enferma. La autopsia hubiera revelado todo pero, gracias a las gestiones del influyente Claudio de Souza, la autopsia no se hizo. El gobierno de Brasil decretó honores especiales. Los funerales fueron un acontecimiento.

Folha da Noite

Según rumores circulantes en medios policiales, la pareja suicida habría ingerido una dosis letal de formicida.

Para quien ama, la muerte es una noche de bodas

¿A qué hora toman las pastillas? Están acostados. ¿Qué se dicen en los últimos momentos? ¿Se acarician? ¿Se despiden? ¿Alguno de los dos se arrepiente en el instante final? ¿Intenta salvarse? ¿Es él quien le da el veneno a ella? ¿O a la inversa? ¿Quién percibe el último destello en los ojos muriéntes? ¿Quién escucha el postre gemido? ¿Quién se reserva la amarga soledad de ser el último en irse?

Gabriela Mistral

Me impresionó la rigidez mortal mucho más accentuada en Lotte que en él.

Últimas providencias

Claudio de Souza y Abraão Koogan se encargan de levantar todos los objetos personales del chalet. La ropa, los adornos, los papeles son distribuidos a los herederos. También se llevan el cachorro Plucky. A los criados se les paga el salario y son autorizados a quedarse un día más en la casa.

Muere de su muerte, victorioso, aquel que la realiza

Pídele al Señor que te dé una muerte propia, el fruto maduro de tu vida, y que esté llena de amor,

sentido, desamparo. Pídele al Señor que te permita ser el orfebre de tu muerte, el poeta de ella.

Dos tumbas

Son enterrados en el cementerio de Petrópolis, tras una ceremonia religiosa ofrecida por el rabino Henrique Lemme. Al cumplirse un año, conforme a la tradición hebrea, se inaugura la lápida de mármol negro en la que se ha grabado: «Elizabeth Charlotte Zweig, Kattowitz 5-5-1908-Petrópolis 23-2-1942 / Stephen Zweig, Viena 28-11-1891-Petrópolis 23-2-1942». Muchos años después, esa lápida aún se conserva, casi en ruinas, sin flores. Junto al pequeño cementerio se alza la pared verde de la montaña. El cuidador sólo tiene una vaga noción de quienes son. Un escritor... Se mató con su mujer..., explica.

Las cenizas del verano

Vaciaron en un rincón del jardín los cestos llenos de papeles. En el mismo montón ardieron las primeras hojas secas. Ya estaba por terminar febrero y el otoño anuncia sus primeros signos. Era una tarde serena y limpia. Sopló una ligera brisa y volaron algunos fragmentos del papel amarillo que solía usar el dueño de casa, pero el chino, meticulosamente, los recogió. Estaban hombre y mujer junto al fuego, inmóviles, en silencio. Algo brilló en el fondo de los ojos rasgados; quizás fue el resplandor del fuego. Cuando sólo quedaron cenizas, el hombre las esparció sobre la hierba. Un rato después aseguraron las ventanas, cerraron la puerta del jardín, y se alejaron por la rua Gonçalves Dias. Él cargaba una maleta. Caminaban despacio, un hombre y una mujer tranquilos, ceremoniosos, él unos pasos adelante, como quien ha cumplido la tarea y no tiene prisa por volver a casa.

(Reproducido por gentileza de Adriana Hidalgo Editora)